

Santa Teresa y la Literatura del llamado Siglo de Oro*

Crisanto Pérez Esain**

Universidad de Piura
crisanto.perez@udep.pe

Fecha de recepción: agosto de 2015

Fecha de aceptación: octubre de 2015

Resumen: En el 2015 se celebran los 500 años de nacimiento de santa Teresa de Ávila. Este suceso ha sido motivo para manifestaciones de devotos y también de académicos que vuelven a dar pistas sobre su producción escrita. En sintonía con lo dicho anteriormente, el presente texto tiene como objetivo principal ubicar los rasgos estilísticos de la obra de santa Teresa de Ávila en el marco de la literatura del llamado Siglo de Oro español. De modo especial, el análisis recaerá en el manejo que la santa hace de aquella presencia ficcional conocida en los estudios narratológicos como narratario. Para ello, el autor repasará de manera sustanciosa importantes aspectos biográficos, así como los antecedentes y el contexto literario de esta santa. Asimismo, presentará el modo en que su obra dialoga con los hechos culturales que determinan las características de ese periodo tan rico y proteico de la literatura y de la cultura hispana. Finalmente, se expondrá acerca de la respuesta que da a algunos de los grandes asuntos y preocupaciones, espirituales y terrenales, que en ella aparecen.

* El presente texto es una adaptación de la ponencia presentada en el coloquio “Santa Teresa de Jesús, vida y proyecciones”. Este evento se llevó a cabo los días miércoles 14 y jueves 15 de octubre de 2015 en el Campus Lima de la Universidad de Piura.

** **Crisanto Pérez Esain** es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Navarra y doctor en Literatura Hispánica y Teoría de la literatura por esa misma universidad. Profesor en la Universidad de Piura desde 1999 en sus facultades de Ciencias de la Educación y de Humanidades. Es autor de diversos manuales del Sistema de Educación a Distancia (SEAD), como el de Literatura Universal y del Perú, Teoría y Crítica literaria y Literatura Española. Además, es autor de algunos estudios sobre la narrativa de Julio Ramón Ribeyro, como *Los trazos en el espejo, identidad y escritura en Julio Ramón Ribeyro* publicado en el 2006 (Pamplona, España: EUNSA) y *Los cuentos de J. R. Ribeyro, una guía de lectura* publicado en el 2008 (Madrid, España: Cenlit). Es coeditor de *Julio en El Rosedal, memoria de una escritura*, publicado en el 2008 (Piura, Perú: Facultad de Humanidades de la Universidad de Piura). Asimismo, ha publicado diversos artículos en revistas de Europa, Latinoamérica y Estados Unidos sobre narratología, análisis de discursos narrativos periodísticos o, más recientemente, sobre la obra de escritores peruanos como Edgardo Rivera Martínez. Cuenta, por último, con publicaciones de creación literaria, como el libro de relatos editado en el 2013 *La casa escondida* (Lima, Perú: Casatomada) y la novela *La última muerte de Silvino Forossi*, ganadora del III Premio de Novela Altazor 2015, de próxima publicación.

Palabras clave: Siglo de Oro, literatura mística, narratorio, santa Teresa de Ávila.

Santa Teresa and Literature of calling Golden Age

Abstract: In 2015 we celebrated the 500th anniversary of the birth of St. Teresa of Avila. This event has been the occasion for demonstrations of devotees and scholars who return to give their written clues. Therefore, this paper 's main objective is to locate the stylistic features of the literary work of St. Teresa of Avila in the context of literature called Spanish Golden Age. In a special way, the analysis will lie in managing the holy fictional presence that makes narratological studies known as interlocutors. To do this, the author will review important aspects substantial way biographical and literary background and context of this saint. The author also presented how his work dialogues with cultural events that determine the characteristics of that period so rich and protein literature and Hispanic culture. Finally, the author will talk about the answer given to some of the major issues and concerns, spiritual and earthly, appearing in it.

Keywords: Golden Age, mystical literature, interlocutors, Saint Teresa of Avila.

1. Introducción

Santa Teresa, su obra y su tiempo se alejan ciertamente del objeto de estudio habitual del autor del presente texto y, sin embargo, volver a ella, a su figura y a su obra después de unos cuantos años —muchos, tal vez demasiados— ha sido un poco como volver a casa. Al respecto, Rafael Alvira ha publicado un libro sobre la familia titulado *El lugar al que se vuelve* (2007). La obra de santa Teresa y su figura histórica y religiosa es, o debería serlo, familiar para quienes se dedican a alguno de los múltiples ámbitos de la literatura y, sin duda, es un buen lugar al que regresar una y otra vez.

A continuación, se analizará el modo en el que el quehacer literario de la santa de Ávila se inscribe y pertenece a la literatura llamada del Siglo de Oro. Asimismo, se presentará el modo en que dialoga con los hechos culturales que determinan las características de ese periodo tan rico y proteico de la literatura y de la cultura hispana. También, se expondrá acerca de la respuesta que da a algunos de los grandes asuntos y preocupaciones que en ella aparecen.

2. Antecedentes

Las coordenadas históricas en las que se desarrolló la vida de Teresa de Cepeda y Ahumada (1515-1582), la presentan como un exponente de los comienzos del llamado Siglo de Oro español. Se suele decir sobre este periodo, que en realidad comprendió más de cien años, comenzó aproximadamente hacia 1519, con la llegada de Carlos V y dio en concluir para la literatura con la muerte de Calderón de la Barca, en 1681 (aunque políticamente se hable del final del Siglo de Oro algunos años antes). Desde la literatura, el comienzo de este siglo destaca por la renovación poética y su entrada al renacimiento de la mano de Juan de Boscán y Garcilaso de la Vega o la aparición de la primera gran novela con apariencia autobiográfica, *Lazarillo de Tormes* (1554). En este contexto, la importancia de la figura de santa Teresa es capital en varios órdenes:

- Supone la culminación de una literatura, la mística, de tardía aparición en las letras castellanas —la mística española es la última de las grandes místicas europeas y que tuvieron lugar en la Edad Media europea—. La literatura mística española comenzará en el siglo XV y su alcance llegará en 1600, como se verá más adelante.
- Encarna la versión femenina del perfecto caballero renacentista. Aquel hombre de armas y letras, encuentra en la santa de Ávila un correlato femenino de mujer que supo conjugar el reconocimiento que implica la vida mística con la acción de fundadora (se le atribuyen diecisiete conventos de Carmelitas Descalzas).
- Gracias a su estilo, sirve de transición entre el medievalismo castellano y el Siglo de Oro, con lo cual hizo posible que la naturalidad de su forma de escribir se acercara lo más posible al testimonio oral. El mandato “escribo como hablo”, formulado por el humanista Juan de Valdés, encontró en ella un exponente en la literatura mística. Teniendo en cuenta que este tipo de literatura se esfuerza por expresar lo inefable del encuentro íntimo entre el alma del escritor (o escritora en este caso) con Dios, hacerlo mediante el uso de un léxico y de unas formas propias del habla más cotidiana tiene el mérito de hacerlo cercano.

- Su figura fue enseguida reconocida por los intelectuales y los escritores del Siglo de Oro. Son pruebas de ello su pronta canonización (hecha por el papa Pablo V en 1621), la cantidad de poemas que Cervantes o Calderón de la Barca le dedican, así como la rapidez con que Lope de Vega la convierte en protagonista de su teatro y cómo, en general, sus escasos versos formarán parte ya para siempre del acervo religioso más popular.

3. Literatura Mística Castellana: Características y Periodos

Al tomar en cuenta todo lo anterior, es preciso comenzar con algunas luces sobre la literatura mística española en la que su obra se inscribe. Después se dará un repaso sobre su vida. Por último se observará el entorno cultural e histórico en el que ella transitó en este mundo.

Curiosamente, y como ya se ha mencionado, la literatura española es la única europea que en la Edad Media no tuvo escritores dedicados a la mística. Sin embargo, el panorama cambiará entre el siglo XVI y el XVII. En dichos años se publicarán más de tres mil títulos sobre esta temática.

Respecto a las causas de la aparición de la mística castellana, se han esgrimido diversos factores para explicar la aparición y el éxito de la mística en la literatura española en un momento dado. Figuran, así, los siguientes: (a) los influjos musulmanes y hebreos medievales, (b) los contactos con los países germánicos a comienzos de la edad moderna, (c) el creciente individualismo de la época renaciente, entre otros. Sin embargo, ninguna de estas causas, por sí mismas, logra explicar este fenómeno.

En primer lugar, el fin de la reconquista prepara el terreno para la mística y la ascética. A eso ayudan las reformas de la vida conventual que propició el cardenal Cisneros, ante la degradación de las costumbres en conventos y monasterios a lo largo de la Edad Media y hasta el siglo XV (Véase Alborg, 1970). Asimismo, esas reformas se traducen en un cambio radical de las costumbres eclesíásticas que encuentran su nueva manifestación en la literaria ascética.

En segundo lugar, la llegada del Renacimiento implica la aparición de razones profanas, de índole ideológica. Más aún, las teorías neoplatónicas sobre el amor, el ideal social de libros como *El cortesano* de Castiglione y la exaltación sentimental encerrada en los libros de caballerías, favorecieron la expansión del neoplatonismo más allá de las clases

más cultivadas. A su vez, renovó profundamente las fuentes del sentimiento de lo absoluto y penetra en España con la famosa obra de León el Hebreo, *Diálogos de amor*. De igual modo, *El cortesano*, de Castiglione (que muere en Toledo un año después de haberlo publicado en italiano y que es traducido por Boscán al castellano), influye tanto en los jóvenes castellanos que se convierte en código de la cortesía caballeresca, como después en el siglo XVIII lo hará el *Emilio* o *La nueva Eloísa*, de Rousseau.

Las novelas de caballerías, de gran aceptación y muy populares en el siglo de santa Teresa, sembraban en los pensamientos de sus lectores ideales apasionados, que en ocasiones elegían la dirección religiosa. Si bien no se pretende restar autenticidad a la expresión de los místicos, conviene recordar el ambiente cultural y literario, la atmósfera caballeresca en la que se envolvían gran parte de las lecturas promedio del siglo XVI, para conocer y comprender el uso de fórmulas expresivas propias del *Amadís de Gaula*. Su lenguaje, sus giros sentimentales, son rastreables en la literatura mística y ascética de Bernardino de Laredo, Malón de Echaide y en la propia santa Teresa, en una estrategia peculiar llamada *vuelta a lo divino* y que consiste en hacer uso de expresiones populares o tradicionales para explicar o expresar el arrobamiento de su encuentro enamorado con Dios (Alborg, 1970).

Respecto a las características de la mística castellana en general, se debe destacar la carencia de una tradición medieval propia, y la sola muestra de influjos parciales de la mística semítica aparece, además, en plena Edad Moderna, con lo cual constituyó la última de las grandes manifestaciones colectivas de la mística teológica. Se observa, además, una prevalencia del carácter ascético sobre el místico, en líneas generales.

Su principal peculiaridad es la calidad literaria de su exposición y sus valores estéticos: condiciones que han contribuido a su gran difusión y conocimiento, así como su estima desde una perspectiva meramente estética. Al mismo tiempo, sin entrar en contradicción con lo anterior, los místicos castellanos pretenden, por lo general, ser comprendidos por el lector común, y en ocasiones el uso de metáforas ilógicas o visionarias son un intento efectivo de mostrar la imposibilidad de poder hacer inteligible lo inefable, como el verso de san Juan de la Cruz cuando lo inefable le lleva al tartamudeo: “un no sé qué que quedan balbuciendo” (*Cántico espiritual*, v. 35).

De este modo, hasta la misma inefabilidad quedara expresada claramente, por más que el místico se muestre incapaz de poder expresar lo inexpressable. La claridad pretendida busca como objetivo principal hacerse accesible al pueblo. Así, el misticismo español

pretende influir en la educación moral del pueblo. Por ello los místicos emplean el lenguaje vulgar en sus obras, expresándose mediante metáforas, alegorías plásticas y gráficas.

Respecto a su periodización, los estudiosos suelen definir cuatro grandes periodos. A continuación, se detallará brevemente cada uno de ellos:

- En el primero, desde sus orígenes medievales hasta 1500, se traducen y difunden las obras de la mística extranjera. De entre sus autores necesariamente podría destacarse, por ser más reconocible aun en la actualidad, a Tomás de Kempis, cuya obra, *La imitación de Cristo*, se solía titular y ser más conocida bajo el nombre de *Contemptio mundi*.
- Un segundo periodo, de asimilación, puede considerarse prolongado hasta 1560, en el que las doctrinas importadas son por primera vez ya españolizadas. Contó con escritores que podrían considerarse precursores de los grandes místicos que les sucederán y que deberán conocerlos para poder desarrollar su estilo. Figuran, así, fray Alonso de Madrid, fray Francisco de Osuna (con su *Abecedario espiritual*, de gran influjo en santa Teresa) y el beato Juan de Ávila (*Epistolario espiritual*, por ejemplo).
- El tercer periodo es el de plenitud y de intensa producción en el que destacan las figuras de santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. Este se extendió hasta 1600.
- Un cuarto periodo, de decadencia, presenta una repetición de las fórmulas y los temas ya registrados por los grandes místicos.

4. Diferencias entre Ascética y Mística

Para el debido manejo de los términos, es necesario definirlos claramente. La ascética sería la propedéutica o pedagogía humana que conduce hacia el misticismo. La ascética depende, pues, exclusivamente de la voluntad y actividad humanas. Por su lado, la palabra mística deberá aplicarse para designar las relaciones sobrenaturales, secretas, por las cuales eleva Dios a la criatura, sobre las limitaciones de su naturaleza y la hace conocer un mundo superior, al que es imposible llegar sea por las fuerzas naturales o por las ordinarias de la Gracia. Misticismo es el conocimiento experimental de la presencia divina, en que el alma tiene, como una gran realidad, un sentimiento de contacto con Dios (Tanqueray, 1990).

Sin embargo, no todos los ascetas alcanzan el conocimiento de Dios en un plano místico. Aunque, como arguye la propia santa Teresa, el encuentro místico se debe entender como un don sobrenatural y una gracia que Dios suele dar a algunas criaturas. No tiene por qué haber mística como culminación de la ascética, pero es impensable la mística sin la ascética.

5. La Vida de Santa Teresa

Visto el panorama de la mística castellana en el siglo XVI, es momento de volver a santa Teresa. A pesar del intento de alejar las referencias biográficas al hablar de ella y de su tiempo, es ineludible encontrarse, en su caso, ante una de las figuras más influyentes en la cultura religiosa de su tiempo. Al hacer de su obra literaria un testimonio personal permanente, hace inevitable apuntar a su vida como motivo primario de su obra.

Su vida, sus obras, sus fundaciones, dan un conjunto de mujer abrumadora, por muy distantes que puedan ser las diferentes perspectivas sobre santa Teresa. El Siglo de Oro, por su parte, se trata de una época compleja, en la que la monarquía alcanzó su máximo poderío económico, militar y político con Carlos I de España y V de Alemania y luego con Felipe II. Durante el auge cultural y económico de este tiempo, España adquirió prestigio internacional en toda Europa. Por esa razón, cuanto provenía de España era imitado, lo que permitió la extensión del aprendizaje y el estudio del idioma español. Las áreas más cultivadas fueron la literatura, las artes plásticas, la música y la arquitectura.

Las universidades de Salamanca y Alcalá de Henares, contadas entre las más prestigiosas de Europa, dispensan su saber y acumulan nombres insignes entre su profesorado. Teresa de Jesús nace y se forma durante este período de expansión imperial. Asimismo, el desarrollo su actividad y personalidad coincidió con el reinado de Felipe II.

Nace en 1515 en Ávila. De niña, su madre le leyó muchas novelas de caballerías, lo que la impresionó al punto de pensar en escribir una con su hermano. Con siete años quiso escaparse de casa y morir martirizada, para emular lo que leía en las vidas de santos. Novelas de caballerías del siglo XVI y los relatos de vidas de santos no resultaban, en un plano ideológico y salvando las distancias teológicas, tan diferentes. Así como las novelas de caballería habían heredado algunos de los tópicos del amor cortés de la poesía medieval, como el de *religio amoris* o el de la *Donna angelicata*, las hagiografías habían, en muchas ocasiones, trasplantado las estrategias descriptivas y de construcción del personaje propias

de las novelas de caballerías (Alborg, 1970). Por esa razón, los santos eran una especie de caballeros que luchaban (contra el demonio, el pecado, el mundo) a favor de su rey, Jesucristo.

Ahora bien, en lo que sigue se puede dar más rastros de su vida religiosa. Una vez entrada en el convento, los ejercicios ascéticos ciertamente extremos a los que se sometió en sus primeros años la dejaron al borde de la muerte. Pudo reponerse pero siempre le quedarían la tendencia a la fiebre, los dolores de cabeza y el insomnio.

Cuando contaba con 39 años de edad, siendo monja ya desde hacía varios lustros, una visión de las penas del infierno le estimuló a emprender la reforma de su Orden, tornándola a la severidad y pureza primitivas. Se abre así en su vida una época de sufrimientos, incomprensiones, persecuciones y trabajos de todo tipo. En 1562 fundó el primer convento, el de San José de Ávila, con arreglo a la nueva regla, la de las carmelitas descalzas.

Sin embargo, las carmelitas de la antigua observancia recibieron las innovaciones con gran hostilidad, la denunciaron ante la Inquisición por escribir el *Libro de la vida*, y por ello fue procesada. La llegada de un nuevo nuncio a España, Mons. Sega, intensificó la persecución. No obstante, ayudada por fray Luis de León, Juan de la Cruz, y por los jesuitas, que también pretendían reformas en la vida eclesiástica como una respuesta a la Reforma protestante, logró que Felipe II consiguiera la declaración papal de los Carmelitas Descalzos como provincia independiente, con lo cual quedaba asegurada la reforma del Carmelo. De ese modo, fundó 17 conventos. El último se ubicó en Alba de Tormes, donde muere el 4 de octubre de 1582. Después, sería beatificada en 1614 y canonizada en 1622.

Por otro lado, en torno a su persona, cumplía de alguna manera, por carácter y vocación, el ideal del hombre renacentista, de acción y de letras. Cabe añadir que estos rasgos Baltasar de Castiglione ya los había retratado en *El cortesano*. Así como Garcilaso de la Vega destacó en la poesía y en las armas, muriendo de hecho a consecuencia de una acción militar, santa Teresa tenía también un carácter intrépido, de fundadora, de mujer de acción, apasionada y entusiasta.

Transportada frecuentemente a las más altas cimas de la vida espiritual, no pierde nunca el sentido de la realidad inmediata, ni de las vulgares y prosaicas necesidades, pues “entre pucheros anda el Señor” (*Las moradas del castillo interior*). Como ella misma recomienda a sus monjas en el epílogo a ese mismo libro:

es menester no poner vuestro fundamento solo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas; y aún plega a Dios que sea solo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, descrece; porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay. (p.70)

La línea mística tiene sus antecedentes inmediatos en tratados escritos por miembros de la orden franciscana. Sin embargo, realmente alcanzó su apogeo con santa Teresa, al dedicar su vida a la reforma de la orden y a escribir cuatro libros, sus obras más importantes: *Camino de perfección* (Évora, 1583), *Libro de la vida* (Salamanca, 1588), *El castillo interior o Tratado de las moradas* (Salamanca, 1588) y *Libro de las fundaciones* (Bruselas, 1610). Así, de entre todas ellas sobresale el *Tratado de las moradas*, como intento de expresar el hallazgo personal de su camino de unión con Dios.

De su estilo, la mayor parte de los manuales de literatura aducen que posee una prosa natural, llana, sencilla, espontánea, en ocasiones incluso abandonada, en la que escribe como hablando, la misma habla del pueblo. Pero a pesar de esas coincidencias, se debe decir que escribió de una manera nueva y personal (Alborg, 1970; García de la Concha, 1978). En cuanto al fondo, subrayan que su doctrina mística está siempre relacionada con su vida, de manera que del conjunto de sus escritos resulta una autobiografía constante.

No se trata, entonces, de una escritora de cartas devotas para algún particular, como Juan de Ávila. Tampoco amplifica lugares teológicos para el público, como fray Luis de Granada. Sin disciplinas teológicas, filosóficas ni literarias, escribe lo que siente en su alma para sí y para su confesor, que todo se va allá, sin pretensiones de ningún género, envuelto en el habla que aprendió de niña.

6. El Estilo de Santa Teresa

Santa Teresa, tan anterior a las escuelas poéticas del barroco, puede entenderse como el paso de la poética medieval a la renacentista, siguiendo los dictados humanistas del “escribo como hablo”, del humanista Juan de Valdés (*Diálogo de la lengua*). En la poesía se deja llevar por la musicalidad de la métrica más tradicional, mientras que su prosa, de clara función autobiográfica, sirve sobre todo para mostrar su interioridad. Por ello, su estilo se caracteriza por su riqueza léxica popular, por lo atrevido de sus metáforas, por

su espontaneidad y sencillez; emplea diminutivos muy vinculados a un espacio natural y doméstico: “esta encarceladita de esta pobre alma como avecica que tiene el pelo malo, cansa y queda” (Linage Conde, 2015, p. 277).

Asimismo, no vacila en utilizar las más sorprendentes paradojas en su *Libro de la vida*: “glorioso desatino...” (p. 16); “rayo de tinieblas...” (p. 24); “desasosiego sabroso” (p. 32). En fin, sabe ensanchar ilimitadamente el sentido de las palabras hasta hacer que quepan en ellas conceptos a primera vista inexpressables. Del mismo modo, José García López, en su *Historia de la literatura española*, subraya:

una especie de matices que derivan del temperamento mismo de la Santa: la viva plasticidad de ciertas imágenes, el tono cordial y afectuoso que a veces asume la expresión mediante el uso de diminutivos —“cositas, devocionitas, avecitas”— o la gracia de ciertos rasgos de humor como cuando se refiere a los diablos diciendo que “no se me da más de ellos que de moscas. (1962, pp. 213-214)

En cuanto a las imágenes —que nunca constituyen grandes símbolos a la manera de la *Noche oscura del alma*, de san Juan de la Cruz—, por lo general están tomadas de la realidad cotidiana (la mariposita de noche, la lluvia, la llama de las dos velas como significado de la imaginación distraída, los favores divinos o la unión con Dios). No obstante, tienen una enorme fuerza expresiva y, a menudo, una auténtica belleza. En relación con esto, es posible señalar las frecuentes referencias a la vida usual, como las alusiones a los puchereros o a las moscas, que prestan a la obra un ambiente de absoluto realismo.

Nunca más y mejor que en el caso de santa Teresa, se puede admirar una manera de escribir que se ajuste plenamente a la psicología del escritor. Por esto, al estilo teresiano quizá no puedan aplicársele principios de estilística común, sino extraídas de él, y mucho más si se sabe que ella en realidad no quería escribir: “hijas [exclamaba] no para escribir, sino para hilar nos quiere el Señor” (*Libro de la vida*, p.37). De ahí que aunque santa Teresa tuvo algunas pocas lecturas (san Jerónimo, san Gregorio, san Agustín, Kempis, fray Alonso de Madrid, fray Francisco de Osuna, fray Bernardino de Laredo, entre otros) y ciertas pequeñas preocupaciones conceptuales.

A pesar de ello, domina, siempre, la espontaneidad y la naturalidad; escribir como hablaba y al uso sencillo, doméstico y casi rural del pueblo castellano de su época. A ese

respecto, el de la ruralidad, es menester destacar la fuerza simbólica del agua, para resaltar el efecto que produce la presencia de Dios en el alma. Mediante este convierte el alma yerma en tierra fértil para el amor divino. Así, al hacer referencia en *Las moradas* al alma, describiéndola como un castillo, expresa: “os quiero decir que consideréis qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios...” (p. 10).

En otras ocasiones, los aumentativos dan sabor popular a su modo de expresarse en su *Libro de la vida*: “enemiguísima de ser monja” (p. 7), “amiguísima de leer buenos libros” (p. 24); y sobre todo con diminutivos de diferente clase: humildes: “centellica de amor de Dios” (p. 53), “avecica del alma” (p. 24); cariñosos, “dijeron un cantarcillo” (*Relaciones de santa Teresa de Jesús*, p. 155), “queda el alma con un desgustillo” (*Libro de la vida*, p. 88), “de qué te afliges pecadorcilla” (*Relaciones de santa Teresa de Jesús*, p. 157).

Lógico es que el más apropiado procedimiento para expresar los efectos de su unión con Dios o sus anhelos de repetir de nuevo la experiencia mística sea el del uso de expresiones exclamativas e interrogativas, o la alternancia de ambas. Esto se apreciará en la siguiente cita:

¡Oh deleite mío, Señor de todo lo criado y Dios mío!, ¿hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! Pues, ¿cuándo Señor cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré Bien mío, qué haré? (*Exclamaciones*, p. 69)

Todos estos ejemplos deben servir para probar la unidad absoluta en lo esencial o vital de santa Teresa de Jesús, y la perfecta adecuación del uso de un lenguaje familiar para expresar en la intimidad del convento su encuentro personal con Dios. Sobre dicho punto, convendrá, entonces, analizar, brevemente, el tipo de narratario o de lector ideal esperado por santa Teresa para sus escritos. Esto se explicará en el siguiente apartado.

7. El Narratario en las Obras Autobiográficas de Santa Teresa. Los Interlocutores de su Obra

En el caso de *El libro de la vida*, como las *Confesiones* de san Agustín, este tiene un primer interlocutor, que es Dios mismo. Es la tercera persona la que acude para desatarse en alabanzas a la divinidad, pero domina el estilo directo para agradecer o para pedir a Dios que abra los ojos del alma a quienes lean lo escrito. Dios, maestro indiscutible, es así requerido para ser personaje fundamental y activo, auténtica fuerza que configura el texto: “no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento ni sé después cómo lo acerté a decir”. (p. 71)

Por otro lado, la narradora habla también consigo misma. Lo hace en la activación de la memoria y al emitir opiniones sobre su propio libro o sobre sus capacidades al elaborarlo. De manera que, conforme la obra se va constituyendo, aflora una vida que le es sinónima.

El segundo interlocutor, aquél por cuyo mandato escribe, tarda algo más en aparecer, y cuando lo hace, es de forma indirecta: “Quiero tornar a lo que me han mandado” (p. 37). No exenta, sin embargo, de interés: “Aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoeados van” (p. 40). Este, pues, modela los contornos del texto y es censor implícito del mismo. Otras veces, lo atrae al diálogo directo, interpe­lándolo y convirtiéndolo en futuro corrector: “No sé si digo desatinos; si lo son, vuestra merced los rompa, y si no lo son, le suplico ayude a mi simpleza con añadir aquí mucho” (p. 49).

De manera semejante, las vacilaciones y los miedos en declararse esconden una batalla de la que el texto está plagado de signos. Desde el principio, ella se coloca como protagonista pecadora y ruin, “con escaso entendimiento y torpe imaginación” (*Libro de la vida*, p. 36). Luego, avanza a “un entendimiento grosero” (p. 53). Se muestra insegura al hablar de la “mística teología”: “creo lo llaman” (p.55, p.59). Más aún, disgustada con su estilo: “mal he dicho” (p. 58). Las referencias a su calidad de mujer, o a las mujeres en general, rozan siempre una asunción de inferioridad que choca fuertemente con las gracias divinas recibidas que la colocan en un lugar muy superior al que se atribuye en un continuo ejercicio de modestia y, en el fondo, de exaltación a Dios, por quien todo lo que ella ha hecho, ella es y ha sido posible.

Por otra parte, *El libro de la vida* da plena cuenta de esa lucha en la que santa Teresa trata de defenderse de los letrados, los cuales les han rebajado sus propios méritos como mujer e iletrada, adelantándose además a los juicios ajenos. Ello no la deja inerme, muy al contrario, sabiéndose sujeto de experiencias singulares, las *excusas* a esos letrados que saben más de sermones y de teología, pero que no gozan, en la mayor parte de los casos, de un historial espiritual como el suyo.

Sobre este texto se pueden dar más precisiones. La vida no impuesta el estilo humilde en función de unas destinatarias, las monjas, que apenas si aparecen, sino por la fuerza de los que han de juzgarla. De ahí que al final pida perdón por atreverse a escribir sobre cosas tan subidas, que no por haberlas vivido eran menos peligrosas y objetables para ser dichas por una monja que había ya sido condenada previamente y ahora andaba más que avisada.

El *Camino de perfección* se configura, sin embargo, de modo diferente. Este surge también bajo el impulso de la obediencia, aunque es un “librillo” —como ella decía— hecho especialmente para sus monjas y son estas las principales destinatarias y a la vez, las principales protagonistas, al margen de otras consideraciones extratextuales que pudiesen ampliar el marco de su lectura. Claro está que Dios sigue siendo vocativo esencial, parada oracional gratificadora desde las primeras líneas hasta las últimas. Entre esas dos voces, y la suya propia como narradora, transcurre todo el itinerario espiritual.

Aquí, el diálogo entre iguales —el *Camino de perfección* está dirigido a las monjas de su orden principalmente— destierra las vacilaciones, incluso estilísticas. Además, habla no solo para las monjas presentes, sino para un futuro, más allá de la muerte (p.199), en el que la escritura, todo lo oral que se puede, sustituye a la propia voz. El vocativo hacia las monjas es constante, plagado de afectos y euforia (p.202). Las llama “hermanas”, “hijas”, “amigas” y la segunda persona, directísima, se plaga de exclamaciones, interrogaciones, dubitaciones y reflexiones sobre la propia escritura o los propios juicios.

De ahí la plaga de alusiones a la inefabilidad, la confirmación de las dificultades por encontrar comparaciones precisas hasta el deshacerse en la empresa, el *gozo* de encontrarlas o la conciencia de su ineficacia, al medir la distancia e inadecuación que existe entre la materia tratada y el estilo empleado.

Adelantándose constantemente a las preguntas de sus monjas, confiándoles sus dudas en el manejo de una lengua que haga transmisible lo tratado, lamentándose, en fin, de sus pocos conocimientos escriturarios, santa Teresa consigue un índice de oralidad inusitada. Opera con un estilo lleno de una vitalidad inmediata, cercana a los recursos de

la predicación y la catequesis. Estas características se mantienen, incluso cuando adelanta la aparición física de sus monjas: “Paréceme que os estoy mirando como decís que qué habéis de hacer si en todo pongo peligro” (p.421).

Las moradas llevan, además, lectores implícitos que sobrepasan el ámbito de las citadas destinatarias. Santa Teresa era consciente, y así lo expresa, de la utilidad amplia de su tratado. De ahí que se refiera a “personas semejantes” (p.381), a sus monjas “y aun a todos” (p. 398), aunque se defienda en ocasiones de su estilo “desbaratado” (p. 401) diciendo que “como es para mis hermanas, poco va en ello” (p. 401).

La producción escrita de santa Teresa es obviamente, y ya desde sus inicios, mucho más que “confesión susurrada para edificar en silencio a sus hijas espirituales” (*Las moradas*, p.45). Pero, como se ha visto, es necesario precisar el grado en que los distintos textos delatan una focalización amplia o restringida respecto al auditorio, pues cada obra mantiene su singularidad a la vez que no acoge siempre a los mismos destinatarios ni los trata de modo invariable. Ni siquiera Dios, agente e interlocutor constante, aparece reclamado de forma unívoca.

Otro tanto ocurre con los confesores, a cuyo mandato de obediencia cada texto responde de forma diferente; y en cuanto a las monjas, decir que toda la obra teresiana va dirigida a ellas es renunciar al destino preciso que la autora dio a cada uno de sus libros. Si se dejan de lado las referencias extratextuales y los mismos horizontes de expectación conocidos, es evidente que existe una progresiva atención hacia sus “hijas”, que se extiende incluso a las monjas carmelitas que la lean más allá de la muerte.

Respecto a los frailes carmelitas, los visitadores, los padres, los espirituales, y, en fin, todos cuantos conforman el amplio eco a que aspira su voz, no pueden ser olvidados, como tampoco aquellos enemigos de la Iglesia y el mismo diablo, contra quienes escribe; voces implícitas o explícitas que están clamando, como apuntamos, en sus obras. En este punto, como en la combinación de géneros y estilos, santa Teresa muestra una polivalencia y multiplicidad en sus escritos que está muy lejos de configurar una unidad monocorde y repetida.

De la variedad y mezcla de niveles estilísticos y conceptuales se deduce precisamente lo novedoso de su quehacer literario. Y todo ello desde el tópico de la modestia, señalando constantemente la posición de debilidad desde la que escribiría si lo hiciera por y para ella misma. Como dice en tantas ocasiones, es Dios quien pone las palabras en su pluma, y es solo de este modo que puede traducir a palabras lo inefable. Si la fe mueve montañas, en la

situación en la que se encuentra, teniendo que dar testimonio de sus místicos encuentros con Dios, las montañas que mueve son las de la imposibilidad de comunicar con palabras aquello que el ser humano, por sí solo, no podría abarcar con el pensamiento.

La elección del estilo y la inmediatez de los narratarios o lectores implícitos, así como la finalidad última de contar sus experiencias personales y el hecho de que todos ellos son redactados por encargo (de sus confesores, de Dios y de sus propias monjas) hace que la mayor parte de sus escritos puedan vincularse a la modalidad textual epistolar, como las cartas y relaciones tan frecuentes en el Renacimiento. Está claro que las cartas fingidas como motivación realista, tan propias del Siglo de Oro, permanecen en el propio recuerdo principalmente por las novelas picarescas. Sobre esto, debe recordarse que el hasta ahora desconocido autor del *Lazarillo de Tormes* (publicado en 1554) comienza dirigiéndose a un Vuestra Merced a quien rinde cuentas de su vida y a quien cuenta todo para que comprenda su actual situación de deshonor.

La inversión del tópico del *homo novus*, por el cual Cicerón propugnaba el valor de que no solo los patricios ocuparan el poder en Roma, constituye de por sí un tópico en la enseñanza de esta novela en colegios y universidades. Pues bien, santa Teresa reivindica, a lo divino, ese tópico. Hace muestra de sus supuestas “debilidades” como escritora, de su falta de vocación para tal ejercicio: “preferiría estar bordando [confiesa en más de una ocasión], a seguir con la pluma” (*Relaciones de santa Teresa de Jesús*, p. 54).

Con ello, la autora nos ofrece de la manera más accesible posible un compendio de sus experiencias místicas, en las que trasmite y demuestra los efectos transformadores del amor divino, no solo en su alma, sino en su propia inspiración literaria. En un pasaje de la comedia que Lope de Vega dedica a santa Teresa de Jesús, su padre, al enterarse de su supuesta vocación religiosa, le intenta hacer ver sus propias debilidades: “Mira [le dice don Alonso, su padre] que yo el ser te di” (*Santa Teresa de Jesús*, p. 17), desconfiando de que su hija sea feliz en el convento y reconociendo en ella debilidades, a lo cual su hija dará respuesta a lo largo de toda la obra de Lope de Vega, y a lo largo de toda su vida, alcanzando la santidad.

Esa referencia al ser que le dio su padre podría apuntar a su origen judeizante, del que tanto se habló desde el momento en que se instruyó su causa de canonización o — ¿por qué no?—, a las debilidades de su propia y flaca naturaleza humana. Sea como fuere, la obra de santa Teresa reivindica la posibilidad de renovarse, de llegar a un *homo novus*, no por la gloria política o militar, ni por el reconocimiento social del hombre hecho a sí mismo, sino por el reconocimiento sobrenatural.

Referencias

- Alborg, J. L. (1970). *Historia de la literatura española II. Renacimiento*. Madrid, España: Gredos.
- García de la Concha, V. (1978). *El arte literario de santa Teresa*. Barcelona, España: Ariel.
- García López, J. (1962). *Historia de la literatura española*. Barcelona, España: Vicens Vives.
- Linage Conde, J. A. (2015). Santa Teresa en los manuales de literatura. En F. J. Campos y Fernández de Sevilla. (Coord), *Santa Teresa y el mundo teresiano del Barroco* (pp. 269-292). Madrid, España: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina.
- San Juan de la Cruz. (1979). *Cantico espiritual: poesías*. Madrid, España: Alhambra.
- Santa Teresa de Jesús. (1976). *Camino de perfección*. Madrid, España: Rialp.
- Santa Teresa de Jesús. (1977). *Libro de las fundaciones*. Madrid, España: Rialp.
- Santa Teresa de Jesús. (1979). *Relaciones de santa Teresa de Jesús*. Madrid, España: Rialp.
- Santa Teresa de Jesús. (1981). *Exclamaciones*. Madrid, España: Rialp.
- Santa Teresa de Jesús. *Las moradas del castillo interior*. Recuperado de <http://dfists.ua.es/~gil/las-moradas-del-castillo-interior.pdf>
- Santa Teresa de Jesús. (1981). *Libro de la vida*. Madrid, España: Editorial de Espiritualidad.
- Tanqueray, A. (1990). *Compendio de teología ascética y mística*. Madrid, España: Palabra.
- Valdés, J. de. (1976). *Diálogo de la lengua*. Madrid, España: Espasa Calpe.